

— ¡Hola! ¡monstruo de La Brie! gritó Taverney saliendo el último: ¡cúidame bien al señor exento! ¿lo entiendes?

— Sí, señor, respondió La Brie desde el fondo de la bodega.

— Yo, continuó el barón trotando hacia su cuarto, yo voy á arreglar mis papeles... Que dentro de una hora nos hallemos fuera de este tabuco, ¿lo oyes, Andrea?... Al cabo saldré bien de Taverney, y por la buena puerta aun... Es verdad que me voy haciendo supersticioso como un diablo... Pero despáchate, miserable La Brie.

— Señor, he tenido que ir á tientas, pues no queda ninguna vela en el castillo.

— Tiempo era, á lo que parece, dijo el barón.

## XV

## Los veinte luises de Nicole

Andrea, de vuelta ya en su cuarto, activaba los preparativos de su marcha, ayudada por Nicole con un ardor que disipó pronto la nube que se había levantado entre ella y su ama, con motivo de la escena de la mañana.

Mirábala Andrea al soslayo y se sonreía viendo que no tendría necesidad de perdonar.

— Es una buena muchacha, se decía por lo bajo, muy afecta á la casa y agradecida; tiene sus debilidades, como toda criatura humana las tiene. ¡Olvidemos!

Nicole, por su parte, no era muchacha capaz de perder de vista la fisonomía de su ama, y observaba la benevolencia creciente que en su hermosa y tranquila cara se pintaba.

— ¡Qué necia soy! pensó. Estaba cerca de indisponerme, por causa de ese bribonzuelo de Gilberto, con la señorita que me lleva á Paris, en donde casi siempre se hace fortuna.

Era difícil que en esta rápida pendiente no se encontrasen dos simpatías, rodando la una hacia la otra, y que, encontrándose, no se pusiesen en contacto.

Andrea habló la primera.

— Mete mis encajes en un cartón, le dijo.

— ¿En qué cartón, señorita.? preguntó la camarera

— ¿Qué sé yo?... ¿no tenemos ninguno?

— Sí tal, yo tengo en mi cuarto el que me ha dado la señorita.

Y Nicole corrió á buscar el cartón, con tan fina voluntad, que acabó de determinar á Andrea á olvidar enteramente lo ocurrido.

— Pero ese cartón es tuyo, dijo á Nicole al volver, y puedes necesitarlo, pobre criatura.

— ¡Pardiez! si la señorita lo necesita más que yo, como, en definitiva, el cartón es suyo.....

— Cuando una piensa tomar estado, replicó Andrea, nunca tiene sobrados muebles. Así, más lo necesitas tú que yo en este momento.

Nicole se ruborizó.

— Necesitas cartones, continuó Andrea, para guardar tus galas de boda.

— ¡Oh! señorita, dijo alegremente Nicole meneando la cabeza, mis galas de boda serán fáciles de guardar y no ocuparán grande espacio.

— ¿Por qué? si te casas, Nicole, quiero que seas feliz, y hasta rica.

— ¡Rica!

— Sí, rica: en proporción, sin duda.

— ¿Luego la señorita me ha hallado un asentista?

— No, pero te he hallado un dote.

— ¿En verdad, señorita?

— ¿Sabes lo que hay en mi bolsillo?

— Sí, señorita; veinticinco luises de oro.

— Pues bien; esos veinticinco luises son tuyos, Nicole.

— ¡Veinticinco luises! eso es una fortuna, exclamó Nicole arrebatada de gozo.

— ¡Tanto mejor si dices eso seriamente, pobre muchacha!

— ¿Y la señorita me regala sus veinticinco luises?

— Te los regalo.

Nicole tuvo un momento de sorpresa seguido de emoción; luego, asomándole las lágrimas á los ojos, se arrojó á la mano de Andrea, y la besó.

— Entonces estará contento tu marido, ¿no es verdad? dijo la señorita de Taverney.

— Sin duda estará muy contento, respondió Nicole; á lo menos así lo espero, señorita.

Y se puso á pensar que lo que había causado la repulsa de Gilberto, era sin duda el temor de la miseria, y que ahora que estaba rica, tal vez parecería más apetecible al ambicioso joven. Entonces se prometió ofrecer en el mismo instante á Gilberto su parte de la pequeña fortuna que ella debía á la liberalidad de Andrea, queriendo ganarlo por medio de la gratitud é impedirle de correr al mal. Tal era la parte verdaderamente generosa del proyecto de Nicole, aunque tal vez un malévolocomentador de sus sueños habría descubierto en toda esa generosidad un pequeño germen de orgullo, una necesidad involuntaria de humillar al que la había humillado á ella.

Pero debemos añadir, para responder á ese pesimista, que en aquel momento estamos casi seguros de que la suma de las buenas intenciones de Nicole dejaba muy atrás la de las malas.

Andrea la miraba cómo estaba pensativa.

— ¡Pobre criatura! dijo suspirando. Ella que, indolente, podría ser tan feliz.

Nicole oyó estas palabras y se estremeció. En efecto, estas palabras dejaban entrever á la frívola joven todo un Eldorado de seda, de diamantes y amor, en el que ni siquiera había pensado Andrea, quien cifraba toda su felicidad en la vida tranquila.

Y sin embargo, Nicole separó la vista de esa nube de oro y púrpura, que pasaba por su horizonte... Resistió.

— En fin, señorita, acaso seré feliz aquí, dijo, feliz en pequeño.

— Piénsalo bien, hija mía.

— Sí, señorita, ya lo pensaré.

— Obrarás con cordura: procura ser feliz á tu manera, pero déjate ya de locuras.

— Es verdad, señorita, y ya que se presenta la ocasión, me alegro de decir á la señorita que era yo bien loca, y sobre todo bien culpable: perdóneme la señorita, cuando una ama....

— ¿Luego tú amas seriamente á Gilberto?

— Sí, señorita; yo... le amaba, respondió Nicole.

— ¡Es increíble! dijo Andrea sonriendo; ¿luego algo has debido hallar en ese muchacho que te agrada? La primera vez que yo le vea, es preciso que le mire bien á ese señor Gilberto, que así roba los corazones.

Nicole miró á Andrea con una última duda. ¿Andrea, al hablar así, usaba de profunda hipocresía, ó se dejaba llevar de su perfecta mocencia?

Tal vez Andrea no había mirado á Gilberto; esto era lo que se decía Nicole: pero, de seguro, Gilberto había mirado á Andrea, se decía también.

Antes de hacer la pregunta que proyectaba, quiso enterarse bien de todo.

— ¿No viene Gilberto con nosotros á París, señorita? preguntó Nicole.

— ¿Y para qué? replicó Andrea.

— Pero...

— Gilberto es un criado, y no puede ser mayordomo de una casa parisiense. Los ociosos de Taverny, mi querida Nicole, son como los pájaros que gorjean en las ramas de mi jardinito y en los setos del bosque. El suelo, por pobre que sea, los alimenta; pero un ocioso en París cuesta demasiado caro, y nosotros no

podríamos tolerarlo allí con los brazos cruzados.

— Pero si yo me caso con él, balbuceó Nicole.

— Y bien, Nicole, si te casas con él, viviréis los dos en Taverny, dijo Andrea con tono firme, y nos cuidaréis esta casa que mi madre amaba tanto.

Nicole quedó aturdida con este golpe; imposible hallar el menor misterio en las palabras de Andrea. Esta renunciaba á Gilberto sin segunda intención, sin sombra de pesar; entregaba á otra aquel á quien había honrado con su preferencia la víspera: era incomprensible.

— Sin duda son así las señoritas de calidad, se dijo Nicole; por eso he visto tan pocos pesares vehementes en el convento de las Anunciadas, y sin embargo; cuántas intrigas!

Andrea adivinó probablemente las vacilaciones de Nicole; probablemente vió también su espíritu fluctuar entre la ambición de los placeres parisienses y la dulce y tranquila medianía de Taverny, pues con una voz dulce, aunque firme:

— Nicole, le dijo, la resolución que vas á tomar, tal vez decidirá de toda tu vida; reflexiona, pues, querida hija; aun te queda una hora para decidirte. Una hora es muy poco sin duda, pero te creo pronta en tus decisiones; mi servicio ó tu marido, yo ó Gilberto. No quiero estar servida por una mujer casada; detesto los secretos de los matrimonios.

— ¡Una hora, señorita! repitió Nicole, ¡una hora!

— Una hora.

— Y bien; la señorita tiene razón, es todo lo que necesito.

— Vamos, reúne todos mis vestidos, y no olvides los de mi madre que, como sabes, venero como reliquias, y vuelve á decirme tu resolución. Cualquiera que sea, ahí tienes tus veinticinco luises. Si te casas,

es tu dote; si me sigues, son tus dos primeros años de soldada.

Nicole tomó el bolsillo de las manos de Andrea y lo besó.

La joven no quería sin duda perder un segundo de la hora que le había acordado su ama, porque se lanzó fuera de la sala, descendió rápidamente la escalera, atravesó el patio y se perdió en la calle de árboles.

Andrea la vió alejarse, murmurando:

— ¡Pobre muchacha, que podía ser feliz! ¡Tan dulce es, pues, el amor?

Cinco minutos después, sin duda con el mismo objeto de no perder tiempo, Nicole llamaba á los vidrios del cuarto bajo en que habitaba Gilberto, condecorado tan generosamente por Andrea con el nombre de ocioso, y por el barón con el de haragán.

Gilberto tenía la espalda vuelta á aquella ventana, que daba á la calle de árboles, y estaba revolviendo no se sabe qué en el fondo del cuarto.

Al ruido de los dedos de Nicole redoblando sobre los vidrios, abandonó, como un ladrón sorprendido en flagrante delito, la obra que le ocupaba, y se volvió más pronto que si un resorte de acero le hubiese hecho moverse.

— ¡Ah! ¿es usted, Nicole? dijo.

— Sí, yo soy, respondió la joven á través de los vidrios con un aire decidido, pero risueño.

— Entonces, sea usted bienvenida, Nicole; dijo Gilberto yendo á abrir la puerta.

Nicole, sensible á esta primera demostración de Gilberto, le alargó la mano que él estrechó en la suya.

— Esto no va mal, pensó ella, adiós viaje de París.

Y preciso es alabar sinceramente á Nicole, pues no acompañó esta reflexión más que con un suspiro.

— Ya sabe usted, Gilberto, dijo la joven poniéndose

de codos sobre la ventana, que se van de Taverney

— Lo sé, respondió Gilberto.

— ¿Sabe usted adónde van?

— Á París.

— ¿Y sabe usted también que yo soy del viaje?

— No, eso no lo sabía.

— ¿Y bien?

— ¡Y bien! La felicito á usted, si es que eso la agrada.

— ¿Cómo ha dicho usted? preguntó Nicole.

— He dicho, si eso la agrada; me parece, que es cosa clara.

— Me agrada... eso es según, replicó Nicole.

— ¿Qué quiere usted decir? pregunto yo á mi vez.

— Quiero decir que dependería de usted el que eso no me agradase.

— No comprendo, dijo Gilberto sentándose sobre la ventana, de suerte que sus rodillas rozaban los brazos de Nicole y podían continuar su conversación, medio ocultos por las enredaderas de albohales y capuchinas enrolladas al rededor de sus cabezas.

Nicole miró tiernamente á Gilberto.

Pero Gilberto hizo un movimiento de hombros que quería decir que no comprendía más las miradas que las palabras.

— Está bien... ya que es preciso decírselo todo, escuche usted, le dijo Nicole.

— Ya escucho, respondió friamente Gilberto.

— La señorita me ofrece llevarme á París.

— Bueno, dijo Gilberto.

— Á menos que...

— ¿Á menos que?... repitió el joven.

— Á menos que yo tenga con quien casarme aquí.

— ¿Conque sigue usted en su empeño de casarse? preguntó Gilberto impasible.

— Sí, especialmente desde que soy rica, repitió Nicole.

— ¡ Ah ! ¿ es usted rica ? preguntó Gilberto con una flema que desbarató las sospechas de Nicole.

— Muy rica, Gilberto.

— ¡ Verdaderamente !

— Sí.

— ¿ Y cómo se ha hecho ese milagro ?

— Me ha dotado la señorita.

— Es una grande dicha, y la felicito á usted, Nicole.

— Mire usted, dijo la joven agitando en su mano los veinticinco luises.

Y diciendo esto, miraba á Gilberto para sorprender en sus ojos algún rayo de gozo, ó cuando menos de codicia.

Gilberto no pestañeó siquiera.

— ¡ A fe mía que es una buena cantidad ! dijo él.

— Y no es esto solo, continuó Nicole, el señor barón va á hacerse rico. Piensan en reedificar la Casa-Roja y hermosear Taverney.

— Lo creo bien.

— Y entonces el castillo necesitará ser cuidado.

— Sin duda.

— Y bien; la señorita da el empleo de.....

— De conserje al feliz esposo de Nicole, continuó Gilberto con una ironía no ya tan disimulada que no chocase á los finos oídos de Nicole.

Sin embargo se contuvo.

— El feliz esposo de Nicole, replicó ésta, ¿ no es alguno á quien usted conoce, Gilberto ?

— ¿ De quién quiere usted hablar, Nicole ?

— Veamos... ¿ acaso se va usted haciendo imbécil, ó no hablo yo ya francés ? exclamó la joven que comenzaba á impacientarse con este juego.

— Entiendo á usted á las mil maravillas, dijo Gil-

berto; usted me ofrece casarse conmigo, ¿ no es así, señorita Legay ?

— Sí, señor Gilberto.

— Y desde que usted se ha hecho rica, se apresuró á decir éste, conserva usted hacia mí esas intenciones : en verdad que la estoy muy agradecido.

— ¿ En verdad ?

— Sin duda.

— Pues bien, dijo francamente Nicole, déme usted esos cinco.

— ¿ Yo ?

— Usted acepta, ¿ no es verdad ?

— No, señora.

Nicole dió un salto.

— Oiga usted, le dijo; usted tiene un mal corazón, ó cuando menos una mala alma, Gilberto, y créame usted, lo que está haciendo en este momento no le ha de acarrear ningún bien. Si yo amaba á usted todavía, y si en lo que acabo de hacer, hubiese sido llevada más que por un punto de honor y probidad, me desgarraría usted el alma. Pero, á Dios gracias, he querido que no se dijera que Nicole, después de rica, despreciaba á Gilberto y le devolvía un martirio por un insulto. Ahora, Gilberto, todo está acabado entre nosotros.

Gilberto hizo un gesto de indiferencia.

— Lo que de usted pienso, no lo puede usted dudar, dijo Nicole. ¿ Decirme yo; yo, cuyo carácter conoce usted que es tan libre é independiente como el suyo; decirme yo á sepultarme aquí cuando me aguarda París ! ¿ París que será mi teatro ! ¿ comprende usted ? ¿ Decirme á ver todo el día, todo el año, toda la vida, esa fría é impenetrable cara tras la que tantos viles pensamientos se ocultan ! Esto era un sacrificio, usted no lo ha comprendido, tanto peor

para usted. No digo que usted me echará de menos, Gilberto; digo que me temerá y que se avergonzará de ver el estado á que me habrá arrastrado su desprecio de este día. Yo podía volver á ser honrada; faltábame una mano, una mano amiga para detenerme en el borde del abismo á que estoy inclinada, á que me deslizo, ó donde voy á caer. He gritado: Ayúdeme usted, sosténgame; y usted me ha rechazado, Gilberto. Me deslizo; si caigo en él, me pierdo... Dios pedirá á usted cuenta de este crimen. Adiós, Gilberto, adiós.

Y la orgullosa joven se volvió sin cólera, ni impaciencia, habiendo acabado, como todas las naturalezas escogidas, por dejar llegar á la superficie el fondo generoso de su alma.

Gilberto cerró tranquilamente su ventana y entró en su cabaña, en donde volvió á la misteriosa ocupación interrumpida por la llegada de Nicole.

## XVI

## Despedidas en Taverney

Nicole, antes de volver al lado de su ama, se detuvo en la escalera para reprimir los últimos gritos de su cólera.

Encontróla el barón inmóvil, pensativa, con la barba en la mano y las cejas contraídas; y á pesar de lo muy ocupado que estaba, al verla tan linda, la abrazó cual lo habría hecho el señor de Richelieu á los treinta años.

Nicole, vuelta en sí de su éxtasis por esa gallardía del barón, subió precipitadamente al cuarto de Andrea, que acababa de cerrar un cofrecillo.

— ¡Y bien! dijo la señorita de Taverney, ¿en qué estamos de reflexiones?

— Están hechas, señorita, respondió Nicole con un tono de los más resueltos.

— ¿Te casas?

— No, al contrario.

— ¡Ah, bah! ¿y aquel grande amor?

— Jamás me valdrá lo que las bondades de que me colma la señorita á cada instante. Yo pertenezco á la señorita, y quiero pertenecerle siempre. Conozco el ama que he tomado, ¿podría conocer tan bien al dueño que tomase?

Andrea se enterneció con aquesta manifestación de

sentimientos que estaba lejos de creer hallar en la aturdida Nicole. Se supone que ignoraba que esa misma Nicole no hacía tan buen juicio de ella.

Sonrióse, feliz de hallar una criatura humana mejor de lo que ella esperaba.

— Haces bien en tenerme apego, Nicole, replicó. No lo olvidaré nunca. Confía en mí tu suerte, hija mía, y si alguna dicha me está reservada, te prometo que participarás de ella.

— ¡ Oh ! señorita, estoy decidida ; os sigo.

— ¿ Sin pesar ?

— Ciegamente.

— Eso no es responder, dijo Andrea. No quería que un día pudieses echarme en cara el haberme seguido ciegamente.

— No tendré que hacer reproches más que á mí misma, señorita.

— ¿ Entonces te has entendido sobre eso con tu pretendido ?

Nicole se ruborizó.

— ¿ Yo ? dijo.

— Sí, tú, te he visto hablar con él.

Nicole se mordió los labios. Tenía una ventana paralela á la de Andrea, y sabía bien que desde allí se veía la de Gilberto.

— Es verdad, señorita, respondió Nicole.

— ¿ Y le has dicho ?.....

— Le he dicho, repuso Nicole, que creyó notar que Andrea la interrogaba, y que, vuelta á sus primeras sospechas por esta falsa maniobra del enemigo, trató de responder hostilmente, le he dicho que ya no le quería.

Estaba resuelto que estas dos mujeres, la una con su pureza de diamante y la otra con su tendencia natural al vicio, no se entenderían.

Andrea siguió tomando la acrimonia de Nicole por zalamería.

Durante este tiempo, el barón completaba el tren de su bagaje. Una vieja espada que él llevaba en Fontenoy, pergaminos que acreditaban su derecho de montar en las carrozas de S. M., una colección de la *Gaceta*, y ciertas cuentas, formaban la porción más voluminosa de su haber. Como Brias, llevaba todo esto bajo el brazo.

La Brie tenía el aire de sudar, marchando encorvado bajo un baúl casi vacío.

Hallaron en la calle de árboles al exento, quien, durante todos estos preparativos, había vaciado su botella hasta la última gota.

El galán había observado la delicada cintura y la contorneada pierna de Nicole, y no cesaba de rodar desde el estanque á los castaños para remirar á aquella hechicera corretona que tan pronto aparecía como desaparecía bajo los árboles.

El señor de Beausire, como hemos dicho que se llamaba, salió de su contemplación por la invitación que el barón le hizo de mandar traer la carroza. Saludó al señor de Taverney, y con voz sonora mandó al cochero entrar en la calle de árboles.

Entró la carroza, y La Brie colocó el baúl sobre sus resortes con indecible gozo y orgullo.

— ¡ Conque voy á subir en las carrozas del rey ! murmuró arrebatado por su entusiasmo y creyendo estar solo.

— Detrás, buen amigo, replicó Beausire con protectora sonrisa.

— ¿ Cómo ! ¿ lleváis á La Brie ? dijo Andrea al barón ; ¿ entonces quién ha de cuidar de Taverney ?

— ¿ Párdiez ! ese haragán de filósofo.

— ¿ Gilberto

— Sin duda. ¿No tiene una escopeta?

— ¿Pero con qué se ha de alimentar?

— ¡Con su escopeta, pardiez! Y no dejará de regalarse; no tengas cuidado; no faltan en Taverney tordos y mirlos.

Andrea miró á Nicole, y ésta se echó á reír.

— He ahí cómo tú te quejas, mal corazón, dijo Andrea.

— ¡Oh! es muy diestro, señorita, replicó Nicole, y no tengáis cuidado, que no se dejará morir de hambre.

— Señor, es preciso dejarle uno ó dos luises, dijo Andrea al barón.

— Para echarlo á perder. Bueno, bastante vicioso es ya.

— No, para que pueda vivir.

— Ya se le enviará algo, si grifa.

— ¡Bah! dijo Nicole, no os inquietéis, que no gritará.

— No importa, dijo Andrea, déjale tres ó cuatro pistolas.

— No las aceptará.

— ¡No las aceptará! ¿Tan orgulloso es tu señor Gilberto?

— ¡Oh! señorita, á Dios gracias, ya no es el mío.

— Vamos, vamos, dijo Taverney para poner fin á estos debates que fatigaban su egoísmo. Dejemos con mil diablos á Gilberto, pues nos está aguardando la carroza; subamos en el coche, hija mía.

Andrea no replicó; saludó con una mirada al pequeño castillo y entró en la pesada y maciza carroza.

El señor de Taverney se colocó al lado de ella. La Erie, vestido con su magnífica librea, y Nicole, que parecía no haber conocido nunca á Gilberto, se instalaron en el pescante. El cochero montó uno de los caballos como postillón.

— Pero ¿en dónde se coloca el señor exento? gritó Taverney.

— A caballo, señor barón, á caballo, respondió Beausire mirando á Nicole, que se ruborizaba de satisfacción por haber reemplazado tan pronto á un grosero paisano con un elegante caballero.

Bien pronto se puso en movimiento el coche bajo los esfuerzos de cuatro vigorosos caballos, y los árboles de aquella calle tan conocida de Andrea comenzaron á deslizarse y perderse de vista uno á uno, tristemente inclinados bajo el viento del Este, como para decir el último adiós á los dueños que los abandonaban. Llegaron cerca de la puerta cochera.

Gilberto se había colocado en aquella puerta, derecho, inmóvil, con el sombrero en la mano, y no miraba á Andrea aunque la veía. Ésta, inclinada del otro lado de la portezuela, trataba de ver el más tiempo posible su querida casa.

— Deténgase usted un poco, gritó el señor de Taverney al postillón.

Este se paró.

— Hola, señor haragán, dijo el barón á Gilberto, va usted á ser muy feliz: queda usted ahí solo, como debe estar un verdadero filósofo, sin nada que hacer, y sin que nadie le sermonee. Á lo menos, procure usted que no arda el fuego mientras usted duerma, y cuide de Mahon.

Gilberto se inclinó sin responder. Creía sentir la mirada de Nicole abrumarle con un peso insoportable; temía ver á la joven triunfante é irónica, y temía esto como puede temerse el contacto de un hierro candente.

— ¡En marcha, postillón! gritó el señor de Taverney.

Nicole no se había reído, como temía Gilberto; y hasta había tenido que recurrir más que á su fuerza



habitual, más que á su valor personal, para no com- padecerse en alta voz del pobre muchacho, á quien abandonaban sin pan, sin porvenir y sin ningún consuelo ; habia tenido que mirar al señor de Beausire, que tan hermoso continente tenia sobre su caballo caracoleando.

Como Nicole miraba al señor de Beausire, no pudo ver que Gilberto devoraba á Andrea con la vista.

Andrea nada veía á través de sus ojos bañados de lágrimas, más que la casa en que ella habia nacido, y en que su madre habia muerto.

El carruaje desapareció. Gilberto, que un instante antes tan poca cosa era ya para los viajeros, comenzaba á no ser absolutamente nada.

Taverney, Andrea, Nicole y La Brie, pasando de la puerta del castillo, acababan de entrar en un mundo nuevo.

Cada uno estaba absorto en su idea.

El barón calculaba que en Bar-le-Due le prestarían fácilmente cinco ó seis mil libras sobre el servicio dorado de Bálamo.

Andrea recitaba en voz muy baja una corta oración que le habia enseñado su madre, para alejar de sí el demonio del orgullo y de la ambición.

Nicole arreglaba su pañoleta descompuesta más de lo regular por el viento, con gran placer del señor de Beausire.

La Brie contaba en el fondo de su bolsillo los diez luises de la reina y los dos de Bálamo.

El señor de Beausire galopaba.

Gilberto cerró la gran puerta de Taverney, cuyas hojas rechinaron como de ordinario, por falta de aceite. Después corrió á su cuartito, separó su cómoda de encina, tras la cual se hallaba un paquete ya arreglado, y pasó la punta de un bastón de cornizo por

entre los nudos de este paquete envuelto en una servilleta. Luego, descubriendo su cama de tijera formada de un colchón relleno de heno, vació el colchón, y bien pronto encontraron sus manos un papel doblado, de que se apoderó. Este papel contenía un escudo de seis libras, muy pulido y brillante, que tal vez eran todas las economías de Gilberto de tres ó cuatro años. Abrió el papel, miró el escudo para asegurarse bien de que era el mismo, y lo metió en el bolsillo de sus calzones, protegido por su papel.

Mahón aullaba, saltando en toda la longitud de su cadena ; el pobre animal gemía de verse así abandonado sucesivamente por todos sus amigos ; porque, con su admirable instinto, adivinaba que también Gilberto iba á abandonarle. Así es, que cada vez aullaba con más fuerza.

— ¡ Calla, Mahón, le gritó Gilberto, calla !

Luego, como sonriendo al paralelo antitético que á su espíritu se presentaba :

— ¿ No me abandonaban á mí como á un perro ? añadió, ¿ por qué no se te habia de abandonar como á un hombre ?

Después reflexionando :

— Pero me abandonaban dejándome libre ; á lo menos libre para buscarme mi vida á mi manera. Pues bien ; sea así, Mahón, voy á hacer por ti lo que hacían por mí, ni más ni menos.

Y corriendo al nicho y soltando la cadena de Mahón :

— Ya estás libre, le dijo, busca tu vida como Dios te dé á entender.

Mahón saltó hacia la casa, cuyas puertas halló cerradas, luego se lanzó hacia las ruinas, y Gilberto le vió desaparecer por entre la espesura del bosque.

— Bien, dijo. Ahora veremos quién tiene más instinto entre el perro y el hombre.

Dicho esto, salió Gilberto por la pequeña puerta que cerró con dos vueltas, y arrojó la llave por encima de la muralla al estanque, con esa destreza que tienen los paisanos para lanzar piedras.

Pero como la naturaleza, monótona en la generación de los sentimientos, es variada en su manifestación, Gilberto experimentó al dejar á Taverney alguna cosa parecida á lo que había experimentado Andrea. Sólo que de parte de Andrea era el sentimiento del tiempo pasado, y de la de Gilberto la esperanza de un tiempo mejor.

— ¡Adiós! dijo volviéndose para ver por última vez el pequeño castillo, cuyo techo se percibía perdido entre el ramaje de los sicomoros y en las flores de los ébanos. ¡Adiós, casa en que tanto he sufrido, en que todos me han detestado, en que me arrojaban el pan diciéndome que lo robaba! ¡Adiós! maldita seas! ¡Mi corazón rebosa de alegría y se siente libre desde que estoy fuera de tus muros! ¡Adiós, cárcel! ¡Adiós, infierno, cueva de tiranos, adiós para siempre, adiós!

Y, hecha esta imprecación, acaso menos poética pero no menos significativa que otras muchas, Gilberto tomó vuelo para correr tras la carroza cuyo lejano ruido resonaba aun en el espacio.

## XVII

## El escudo de Gilberto

Al cabo de una hora de desenfrenado correr, Gilberto lanzó un grito de gozo; acababa de percibir á un cuarto de legua de sí el coche del barón que subía una pendiente.

Gilberto sintió entonces un verdadero movimiento de orgullo, porque se dijo que con los solos recursos de su juventud, de su vigor é inteligencia, iba á igualar los recursos de la riqueza, del poder y de la aristocracia.

Entonces sí que hubiera podido el señor de Taverney llamar á Gilberto un filósofo, viéndole caminar con un palo en la mano, un ligero bagaje atado á un ojal, dando rápidas zancadas, saltando desde los talus para economizar el terreno, y parándose á cada momento como para decir desdeñosamente á los caballos:

— No marcháis con bastante presteza para mí, y tengo que aguardaros.

¡Filósofo! ¡oh! sí, ciertamente: lo era entonces, y mucho, si se llama filosofía al desprecio de todo goce, de toda facilidad. Ciertamente, no estaba acostumbrado á una vida muelle, pero ¿á cuántos no hace afeminados el amor?

Era pues, preciso es decirlo, un hermoso espectáculo, un espectáculo digno de Dios, padre de las cria-